



Desde
12
años





EN EL CORAZÓN DE LAS BALLENAS

ÁNGELA POSADA-SWAFFORD

ILUSTRACIONES: PEDRO VILLALBA OSPINA

Colección Juntos en la aventura
Planeta Lector

Diseño de colección: Departamento de Diseño Grupo Planeta
Ilustraciones: Pedro Villalba Ospina
Ilustración de cubierta: Andrezzinho
<http://issuu.com/andrezzinho>

© 2007, Ángela Posada-Swafford
© 2007, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3575-6
ISBN 10: 958-42-3575-3

Primera impresión: agosto de 2013
Segunda impresión: mayo de 2014
Tercera impresión: marzo de 2015
Cuarta impresión: mayo de 2016
Quinta impresión: marzo de 2017
Sexta impresión: diciembre de 2017
Séptima impresión: febrero de 2018
Octava impresión: enero de 2019

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ÁNGELA POSADA-SWAFFORD (biografía)

Ángela Posada-Swofford nació en Bogotá. Pensó en ser bióloga, pero su gusto por la escritura la llevó a estudiar periodismo y se dedicó a la divulgación de la ciencia. Ganó una beca del Massachusetts Institute of Technology (MIT) y desde entonces se dedica a seguir los pasos de científicos, en toda suerte de emocionantes expediciones, para escribir y hacer documentales sobre sus investigaciones.

Ha sido testigo del descubrimiento de nuevas formas de vida a mil metros bajo el mar, ha seguido a un cazador de fósiles en busca de las primeras criaturas de la Tierra, ha entrenado junto a astronautas, ha buceado al lado de una gigantesca ballena jorobada y ha pisado el Polo Sur, entre muchas otras aventuras.

Dos décadas de hacer reportajes sobre astronáutica, oceanografía, genética, biología, botánica, geología, paleontología, física, astronomía y otras ciencias la han llevado a lugares remotos de extraña belleza.

Ángela es la corresponsal en Estados Unidos de la revista española *Muy Interesante*, y ha escrito para *National Geographic*, *Astronomy Magazine*, *WIRED*, *New Scientist*, *The Boston Globe*, *The Miami Herald*, *Gatopardo* y *El Tiempo*, entre otras publicaciones. Ocasionalmente colabora con documentales para Discovery Channel y Animal Planet, y también graba y narra sus propios documentales para National Public Radio.

• COLECCIÓN •

JUNTOS EN LA AVENTURA





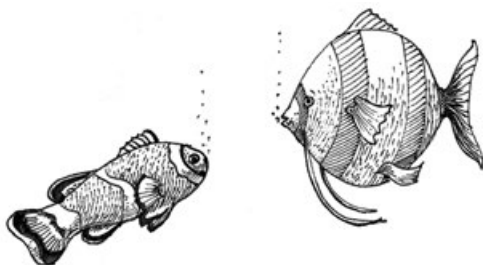
La tía Abi, sus sobrinos Simón, Lucas e Isabel, y su amiga Juana, viajan por todo el mundo, conociendo personajes fascinantes, explorando lugares hermosos, descubriendo complots y viviendo experiencias extraordinarias, siempre juntos en la aventura.

A EXPLORAR SIEMPRE

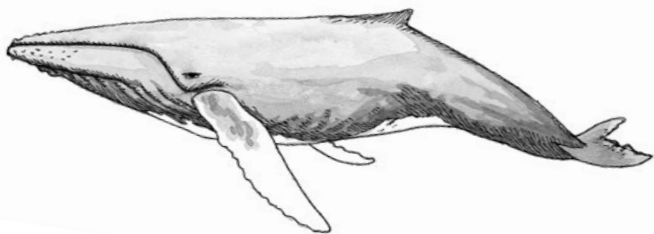
ÍNDICE

La ballena	13
Gorgona	23
Una nueva amiga.....	37
Piratas balleneros	55
¡Redes al agua!.....	69
El sonido letal.....	85
Un plan audaz	99
Cacería	113
¡Al abordaje!	123
Dentro del cachalote de metal	139
Sumergidos en un mundo sónico	151
Rey de corazones	161

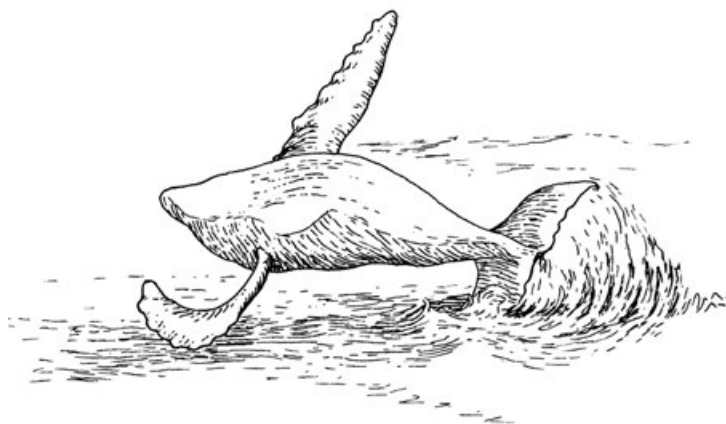
El plan de Isabel	171
S.O.S.	185
¡Torpedo en el agua!.....	197
Hacia el abismo.....	213
La música de los corazones	227
Agradecimientos.....	241
La aventura es real.....	243
¡Continúa la aventura!	245



A Salt, a quien “adopté” a través de un programa del Whale Watch Institute. Ella es una vieja hembra de jorobada que vive en el Atlántico Norte frente a Boston. Su pasatiempo favorito es acercarse a pocos centímetros de los barcos de turistas y sacar la cabezota del agua para observar a la gente a su antojo. A lo largo de los años, la curiosa y retozona Salt (así bautizada porque la pigmentación de su cola parece un reguero de sal y pimienta) ha tenido más de seis ballenatos, y a todos ellos los ha educado para acercarse a los botes de turistas. Como consecuencia, la abuelita Salt es una de las ballenas más vistas y queridas del planeta. Y su personalidad fue la inspiración de la ballena de este libro. Por eso está dedicado a ella.



LA BALLENA



La ballena jorobada estaba cansada. Había nadado sin parar con dirección norte durante dos días desde que pasó sobre la fisura de las Galápagos, 800 kilómetros al oeste de Ecuador. Era la primera semana de septiembre y ya era tarde para que una yubarta anduviera todavía al sur de su refugio de invierno en la costa pacífica colombiana. Otras ballenas ya estaban allí y desde hacía dos meses se dedicaban a retozar y aparearse. Unas cuantas buscaban el abrigo rocoso de las ensenadas para dar a luz a sus ballenatos, concebidos allí mismo el año anterior. El frío era el peor enemigo de una ballena recién nacida. Por eso, antes del otoño, los grandes rorcuales dejaban su casa de hielo en Antártica para viajar hasta el trópico, donde el mar era cálido y acogedor.

Pero esta jorobada había quedado rezagada en las frías aguas polares cuidando a su compañero, gravemente enfermo. Algo se lo había estado comiendo por dentro. Su enorme hígado y otros órganos se habían arruinado por los venenos que las fábricas de los humanos habían estado arrojando al mar desde hacía décadas. Impregnado de sustancias tóxicas, su cerebro, el más grande del mundo y, en todo sentido, tan complejo como el del hombre, estaba confundido y desorientado. Sus ojos veían alucinaciones donde sólo había burbujas y sus sueños estaban llenos de momentos terribles. El dolor iba y venía, pero últimamente era insoportable. No tenía hambre y su capa de grasa blanca que formaba un abrigo protector entre la piel y los músculos se había adelgazado notablemente. El macho se agitaba y se retorció de dolor, haciendo giros desesperados y quejándose, como si lo estuviera atravesando un arpón. Subía a la superficie y exhalaba largos chorros de vapor como para sacar el demonio que tenía dentro, pero esto sólo lo hacía sentirse más débil y aumentar el sufrimiento. Aunque ella no había visto nada que le indicara dónde estaba la enfermedad, pudo sentir el cuerpo de él tensarse de dolor cada vez que le pasaba por el costado la punta nudosa de su gran aleta pectoral. Preocupada, la compañera se había mantenido nadando a su alrededor, emitiendo leves maullidos, empujándolo suavemente con la cabeza y acariciando la piel profundamente acanalada de su garganta color crema.

Una noche, él intentó responder con un murmullo de burbujas, pero estaba ya muy débil. Se limitó a

contemplarla con la mirada opaca por el dolor. Él era una ballena grande, de 16 metros de largo. Pero ella, a nueve semanas de dar a luz a su primer ballenato, era sencillamente enorme para ser una jorobada. Una raza prodigiosa y uno de los organismos más grandes del planeta después de la ballena azul. Con 20 metros de largo y su vientre hinchado bajo la gruesa capa de grasa protectora, parecía un dirigible flotando en la noche, entre galaxias de plancton bioluminiscente. Su corazón, que latía unas 12 veces cada minuto cuando estaba en superficie y apenas cuatro veces a 100 metros de profundidad, tenía el peso de tres humanos adultos. Sus arterias, por entre las cuales podría gatear un bebé, bombeaban casi 700 litros de sangre en cada contracción. El gigantismo de su corazón sólo lo sobrepasaba el de las ballenas azules.

La jorobada estaba atormentada entre querer estar con su compañero y el poderoso instinto de migrar hacia el norte. Impaciente, subió a respirar, lanzando una gruesa nube de vapor de cinco metros de alto, dejando escapar un *whoosh* que resonó en las tranquilas aguas polares. Finalmente, una fría madrugada sintió que el macho estaba inmóvil. Sin pensarlo dos veces lo subió hasta la superficie y durante un par de días esperó allí a que él respirara de nuevo. Entonces se dio por vencida y lanzó un largo gemido extrañamente humano que rebotó en las paredes de los témpanos, labrados por el agua como catedrales góticas. En la oscuridad de las profundidades, la soledad la carcomía. Era una sensación nueva que no lograba entender, porque, de todos los seres

marinos, las ballenas y delfines eran los más sociables. De pronto sintió al bebé estremecerse dentro de su vientre. Era hora de partir.

Dejando atrás los rascacielos helados, ascendió nuevamente a la superficie y aspiró una magnífica bocanada de kril, el último alimento que habría de tomar en casi siete meses. Abriendo la cavernosa boca absorbió cientos de galones de agua que distendieron los pliegues de su garganta como un globo. Después, usando su poderosa lengua, empujó el agua hacia afuera contra una cortina de cerdas grises como de escoba que colgaban de su mandíbula superior, atrapando 350 kilos de diminutos crustáceos que parecían camarones en miniatura.

El solitario viaje de 8.000 kilómetros al norte desde el mar de Amundsen, la segunda migración más larga del reino animal, le tomó casi dos meses. Sus aletas pectorales blancas como la nieve recién caída eran únicas entre todas las especies de ballenas. Con cinco metros de largo cada una, más parecían las alas festoneadas de un avión submarino. De hecho, los bordes de esas aletas llenos de tubérculos y protuberancias, hacían tan eficiente su vuelo profundo, que eran copiados por el hombre para diseñar las alas de sus propios aviones. El rorcual tenía dos lados, como la Luna. El lomo era casi negro, y el vientre, crema opaco; tenía un camuflaje perfecto porque mostraba sus colores oscuros hacia arriba y los colores claros hacia el océano. Su cuerpo estaba cubierto por una sustancia lubricante que hacía que el agua resbalara sobre la piel sin crear resistencia. Era un ejemplo de perfección hidrodinámica. La gran ballena era parte del mar y no temía a las

corrientes o a la oscuridad. Las tormentas que sembraban el pánico en el corazón de los hombres apenas si mecían su cama de agua. Y prácticamente no tenía enemigos naturales porque cuando uno es tan enorme, casi todo pasa inadvertido en su vida. Moviéndose a través de su propio mundo líquido con el ritmo sereno de las cosas grandes, la jorobada era un ser sin edad, guiada por poderes y sentidos maravillosos que los seres humanos nunca tuvieron y apenas si comenzaban a entender.

Había estado navegando prácticamente de memoria siguiendo el contorno de la gran fosa de Chile-Perú, que caía verticalmente 8.100 metros hasta hundirse bajo la cordillera de los Andes. A lo largo de los pocos años de acompañar a su gran familia de primos, tíos y abuelos hasta los trópicos, su gran cerebro recordaba perfectamente el camino. Además, sentía el campo magnético de la Tierra y lo usaba como un mapa. Igual que las palomas y los atunes, percibía cambios en la intensidad de ese campo, cual montañas y valles invisibles que ella “leía” con mucha facilidad. Cuando cruzó la línea del Ecuador se detuvo a descansar. En la superficie, su lomo oscuro se convirtió en un inmenso arrecife flotante que petreles y gaviotas agradecidas tomaron por una isla inesperada. Por tres horas estuvo suspendida en la superficie con un ojo cerrado, remando perezosamente. Con el otro miraba el océano de estrellas sobre su cabeza. Visualizó la geografía del abismo debajo de ella. Cañones, montañas, valles y laberintos eternamente negros y fríos que rivalizaban en tamaño y belleza con los paisajes más exóticos de los continentes. Era un jardín secreto donde había retozado cuando era

pequeña, con su madre, jugando a escondersele detrás de los pilares de lava petrificada de los volcanes submarinos. El precipicio recogía y amplificaba las vibraciones del océano porque el fondo del mar era un lugar sumamente ruidoso. Los demás animales, los temblores, la desembocadura de los ríos, los volcanes sumergidos, el roce de los témpanos de hielo, el constante crujir y lamentarse de la Tierra al ser atraída por la Luna y el Sol, todo hacía ruido.

Su vida entera transcurría en condiciones visuales que para los humanos serían como una neblina perpetua porque la luz no penetraba muy lejos en el mar y el plancton a veces era tan denso que opacaba hasta el día más soleado. Nadando bajo el agua, por lo general, no podía ver a sus compañeras de grupo. Pero sí las podía oír. La ballena creyó escuchar el llamado distante de uno de los machos de su manada y su corazón latió con fuerza. Ella también llamó emitiendo una secuencia de sonidos que terminó en un retumbar de baja frecuencia, capaz de cruzar medio planeta. Gracias a ciertas condiciones de temperatura y densidad del agua, el sonido en el mar se comportaba de la forma más extraña, formando un canal que conducía su llamado por cientos y hasta miles de kilómetros. Era su manera de decir “aquí estoy”, en la inmensidad del océano.

Escuchó con atención, esperando detectar las complejas y legendarias canciones de amor de los machos de su especie, pero sólo pudo oír el intimidante tráfico marino. Era como intentar escuchar una canción melodiosa en medio de la estática a alto volumen de una radio fuera de onda. Esta cacofonía constante era mucho más fuerte que los demás sonidos naturales del mar y estaba entre

las pocas cosas que la asustaban y la confundían. La ballena cerró ambos ojos y escuchó los sonidos que conocía de memoria, que le venían amplificadas porque el mar era la mayor cámara de resonancia del mundo: el trueno de los buques de pasajeros, el espeluznante retumbar metálico de los gigantescos contenedores comerciales, el zumbido ronco de los camareros, el sordo pulsar de los tanqueros, el tenue ronroneo de los submarinos que trataban de pasar inadvertidos, el temblor subterráneo de los gigantes portaaviones lanzando sus aviones y misiles.

Siempre oía los barcos. Al nacer, el primer sonsonete que escuchó en su vida no fue la voz de su madre, sino el de algún buque de carga que cruzaba el canal de Panamá. A veces se preguntaba cómo sería el océano de sus tatarabuelos, cuando no existían todos esos ruidos y los llamados de las ballenas azules podían atravesarlo de un polo al otro. Más tarde se había vuelto una experta en descifrar los murmullos de vida bajo el asalto del tráfico marino. Por ejemplo, entendía los chasquidos de los camarones y las langostas, los roncros quejidos de los pargos y el concierto de jazz que formaban los corvinos en noches de luna llena en un intento por seducir a sus compañeras. Pero sin duda el sonido que más terror sembraba en el cuerpo de la joven ballena era el inconfundible *toc-toc-toc* automático de los balleneros, que había quedado grabado en su memoria hacía nueve años, cuando vinieron a llevarse a uno de sus primos y ella aún bebía leche materna.

El sol estaba alto en el cielo cuando llegó a su destino en la isla Gorgona, a 90 kilómetros de la costa colombiana.

El agua azul oscura del mar abierto dio paso a una verde petróleo, y la ballena notó agradecida el cambio brusco de temperatura. Sintió una oleada de placer. Dentro de su vientre, el ballenato podía escuchar el torrente de sangre que le llevaba el cordón umbilical y se contagió con la misma emoción de estar vivo. Al revés que los bebés humanos, su cola estaba colocada hacia la abertura cervical y tenía las puntas dobladas hacia abajo. Sus aletas pectorales estaban aplanadas y encajadas en depresiones especiales a los lados de su cuerpo para evitar obstruir su paso al nacer. Había crecido mucho, aunque no tanto como debería: los mismos venenos que habían atormentado a su padre se alojaron en su cuerpo desde el día en que se dividió su primera célula, debilitando su sistema inmune.

Una mañana, a través de las adelgazadas reservas de grasa de su madre, escuchó un sonido que no había oído antes. Era la canción de bienvenida de un macho que acudía a escoltar a la recién llegada, seguido de lejos por la ballena líder de la manada, que era su propia bisabuela, una vieja hembra a la que le faltaba un trozo de cola, producto de una pelea con una orca cuando trataba de defender a su segundo ballenato, años atrás. Extasiado, el pequeño percibió un sonido atrompetado, mitad elefante y mitad gato, que se convirtió en una serie de gruñidos bajos que daban lugar a un chirrido agudo, como el de un dedo que pasa sobre un globo de caucho inflado, para terminar con el trotar de un caballo, una verja metálica sin aceitar que se abre con lentitud y un lamento increíblemente nostálgico. Era algo muy diferente de las vocalizaciones que emitía su madre cuando estaba contenta o triste.

Colgada inmóvil de la superficie, perezosamente abanicando su cola, la joven hembra pasaba los días admirando su propio cuerpo hinchado. Finalmente, una semana después, cuando el ballenato medía cuatro metros y pesaba dos toneladas, la ballena sintió que llegaba el momento. Archeó su columna vertebral suavemente, como si despertara de un largo sueño y comenzó a nadar de forma automática. La frecuencia de los latidos de su corazón aumentó a 30 pulsaciones por minuto y sintió la primera contracción.

Por dentro, el ballenato trabajaba también y estaba cada vez más consciente. El torrente de sangre era ahora mucho más claro y parecía provenir de afuera, con un pulso firme y ruidoso. La matriz estaba tan oscura como el fondo del mar y cuando se movía podía sentir líquido contra los ojos. Un repentino espasmo en el vientre de su madre le apretó la garganta y la cabeza haciéndolo tensionarse y, cuando pasó, escuchó el tamboreo rápido de su propio corazón y un cosquilleo en su aleta dorsal, dándose cuenta de que la podía mover por primera vez. Segundos antes de otra contracción sintió el mismo cosquilleo en las puntas de las aletas pectorales, que comenzó a flexionar en preparación para su nacimiento, que acababa de comenzar.

La ballena sintió el dolor y apretó los ojos con un largo gemido. Los poderosos músculos de su vientre se contrajeron en rápida sucesión empujando al bebé hacia afuera. Lo primero que salió fue su cola aterciopelada, aún con las puntas dobladas. Pasaron unos minutos y las convulsiones fueron sacando su cuerpo centímetro a

centímetro mientras el agua verde esmeralda de la ensenada se teñía de rojo. Casi una hora después, con un ritmo casi tan viejo como la Tierra, las paredes abdominales maternas hicieron un empujón final. El ballenato escuchó la tormenta muscular y sintió una enorme presión en la frente. Notó que el frío del mar en la cola contrastaba con el acogedor calor del interior de su madre. Trató varias veces de moverse hacia fuera, pero la abertura era como un caucho que se le cerraba con fuerza sobre el lomo. Finalmente estiró las puntas de la cola moviéndola hacia arriba y hacia abajo con toda la energía de la que era capaz y sintió que se rompía el cordón umbilical que lo ataba a la colosal ballena. De repente, su cabeza fue expulsada al mar en medio de una explosión de sangre, y el ballenato quedó libre, aún arqueando el cuerpo reflexivamente.

Sus ojos de recién nacido apenas distinguían la enorme forma de su madre, que parecía una gran nube encima de él. Como sus pulmones aún no se habían inflado, el ballenato se comenzó a hundir. Pero en cuestión de segundos la madre lo empujó hasta la superficie para su primera dulce bocanada de aire. Durante unos momentos, la ballena lo sostuvo allí, atenta al sonido de la respiración de su recién nacido que toda mamá ballena espera con nerviosismo. Comenzaba a entrar en pánico cuando oyó el *whoosh* de la tenue vida que empezaba. Aplaudiendo el agua con sus aletas, la ballena dejó escapar un extasiado mugido de triunfo. Una y otra vez la madre cantó, y su canto enmascaró el *toc-toc-toc* de las hélices de un buque que se aproximaba en la distancia.